

SESIÓN DE APERTURA

NUEVAS Y VIEJAS INTERPRETACIONES DEL 98 Y DE SUS CONSECUENCIAS EN ESPAÑA

Sebastián Balfour

El centenario del 98 se ha conmemorado en España con una multitud de conferencias y publicaciones, dando testimonio de la larga sombra que ha proyectado el acontecimiento durante todo el siglo. Los muchos libros, artículos y encuentros entre especialistas se han caracterizado, según mi experiencia, por un debate vivo e imparcial que ha permitido una reestructuración de los significados del 98 para España que nos aleja completamente de la visión ideologizada y mediatizada que predominó durante la mayor parte del siglo.

El Desastre dio lugar en España a un conjunto de mitos que distorsionaron las coordenadas verdaderas de la guerra hispano-norteamericana y las consecuencias de la derrota. Favoreció, por el contrario, la visión de la historia de España como una desviación de un supuesto modelo europeo o universal. Entre muchos españoles, nutrió incluso el concepto de la historia de España como algo trágico, derivado de un carácter nacional aparentemente individualista y conflictivo. Ortega y Gasset lo sintetizó con la famosa frase de que España era el problema y Europa la solución. Por otra parte, alentó a lo largo otra interpretación opuesta según la cual el problema de España era el resultado de la importación de ideologías ajenas de origen predominantemente europeo y era necesario, como consecuencia, el aislamiento de España bajo una dictadura.

En su momento, la derrota ante los Estados Unidos y la pérdida del imperio fueron acogidos con tintes verdaderamente dramáticos. A pesar del desmoronamiento de casi todo el imperio en los primeros veinte años del siglo diecinueve, la posesión ininterrumpida de Cuba y Filipinas sobre todo, dos de las colonias más ricas del mundo, había perpetuado el mito entre muchos españoles de que España era todavía un poder mundial de cierta categoría. En la ideología hegemónica de aquel entonces, el Darwinismo social, el vigor de una nación se medía por su capacidad de defender y agrandar su imperio. Encontró expresión en un discurso pronunciado por el primer ministro de Gran Bretaña, lord Salisbury, unos días después del hundimiento de la flota española en Filipinas, en que describió a España como nación moribunda.

Entre los sectores más elocuentes de la opinión pública, el Desastre hizo cuestionar no solo la validez del régimen y de las fuerzas armadas sino también la de la propia nación española. El mismo Francisco Silvela, presidente en 1899, declaró pocas semanas después del Desastre, “Si pronto no se cambia radicalmente de rumbo... el riesgo es el total quebranto de los vínculos nacionales y la condenación, por nosotros mismos, de nuestro destino como pueblo europeo”. La crisis de conciencia nacional como resultado de la derrota del 98 se reflejó en unas frases rimbombantes de la prensa. La revista popular *La Ilustración Española y Americana* declaró, “ hoy la cuestión para nosotros, no principal sino única y exclusiva, es de vida o muerte, la de existir o no como nación”. La supues-

ta depresión de la nación fue también expresada de forma retórica por el diario *El Correo* casi dos años después de la derrota: “Todo está roto en este desventurado país; no hay gobierno, no hay cuerpo electoral, no hay partidos políticos; no hay ejército, no hay marina; todo es ficción, todo es decadencia, todo ruinas...”

Se multiplicaron los mitos en torno a las causas del Desastre. Para la derecha, la derrota significó el triunfo del capitalismo plebeyo sobre los valores de la hidalguía hispana o el resultado de la conspiración mundial de la masonería. Para otros, en cambio, fue debido a la incompetencia de las fuerzas armadas o a la incapacidad de los políticos. Los sectores más pesimistas vieron la derrota y la pérdida de las colonias, no como la consecuencia de conspiraciones o la suma de errores de política o de estrategia militar, sino como síntoma de la decadencia de la raza española.

Más tarde, el significado del Desastre se distorsionó aún más para conformarse a los valores de las ideologías reinantes. Se convirtió en un símbolo o icono contradictorio que fue esgrimido por sucesivas generaciones de intelectuales, políticos y militares para justificar políticas a voces diametralmente opuestas. Al tomar el poder en 1923, el General Primo de Rivera declaró en la primera frase de su manifiesto al pueblo español que “las desdichas e inmoralidades” contra las cuales se había sublevado empezaron el año 1898. En su novela *Raza*, Franco pretendió que su victoria en la Guerra Civil fue el desquite de la derrota del 98. Presenta a Cervera, contralmirante de la flota en Santiago de Cuba, en el momento en que sale del puerto para entrar en batalla con los norteamericanos, consciente de que él y sus marineros iban a ser sacrificados por el régimen, declarando: “La Historia sabrá juzgarnos. No hay sacrificio estéril: del nuestro de hoy saldrán las glorias del mañana.”

En realidad, el 98 no fue un desastre tal como lo entendieron los contemporáneos. Como se ha venido insistiendo en la historiografía desde hace más de tres décadas, la guerra hispano-norteamericana fue parte de un proceso de redistribución de nuevas y viejas colonias en varias partes del mundo bajo la dinámica de una nueva época de imperialismo. Incluso las potencias más fuertes tuvieron que enfrentarse con nuevas y más tenaces resistencias en sus colonias y adaptarse a la competencia de otras potencias, lo que les obligó a rediseñar, a través de enfrentamientos y duras negociaciones, las nuevas esferas de influencia. Por otra parte, las potencias menos dinámicas, como España y Portugal, perdieron colonias que habían adquirido hacía siglos. En el mismo año de 1898, tropas inglesas y francesas se enfrentaron en el pueblo de Fashoda en el Sudán por el control del valle del Nilo. Ante la abrumadora superioridad numérica del ejército inglés, los franceses se retiraron, contentándose con su esfera de influencia propia en el noroeste de África. Por otra parte, Alemania había intervenido enérgicamente en el reparto de África, insistiendo en el reconocimiento de esferas propias a cambio de respetar las de las otras potencias europeas. En el lejano oriente, Japón estaba amenazando las esferas tradicionales de las potencias europeas. Un dibujo de la época representa a los emperadores y reyes de estas potencias observando la batalla de Cavite desde la orilla con una caña de pescar en la mano, como dice la leyenda “esperando pescar algo”.

Para los Estados Unidos, por otra parte, el 98 representó la victoria de los sectores políticos favorables al expansionismo. De hecho, el país había llegado a los límites de

su expansión interior y había resuelto sus problemas internos con la guerra civil en los sesenta y con el aplastamiento de la última resistencia indígena en la batalla de Wounded Knee en 1890 (nótese el paralelismo a la inversa entre esta historia y la de España; hasta cierto punto, la pérdida de las colonias ultramarinas dio lugar a un proceso de fragmentación que desembocó en la Guerra Civil).

Otra revisión más reciente del Desastre gira en torno al balance de poderes militares entre los Estados Unidos y España. En las vísperas del conflicto, la propaganda de los dos países insistía en la incapacidad bélica del adversario. Se movilizaron estereotipos en contra del contrincante para alimentar el patriotismo o nacionalismo de los ciudadanos. Según el jingoísmo norteamericano, los españoles eran trogloditas, o, en conformidad con la leyenda negra, decadentes, supersticiosos y sanguinarios. La versión jingoísta española, en cambio, escogió el león como representación de España y el cerdo o marrano como icono de los norteamericanos, jugando con toda su asociación anti-judía y anti-comercial. Era un símbolo mucho más reconfortante que el oficial, el águila, cuya imagen, por cierto, fue derribada por la muchedumbre nacionalista en más de un consulado norteamericano en España. Después de la guerra, se propagó en España el mito del león heroico que no pudo con la superioridad material del enemigo norteamericano o el de la virgen española, violada por el agresor salvaje.

En realidad, el ejército español era mucho mayor que el norteamericano y tenía unidades que habían adquirido mucha experiencia en la contraguerrilla, como descubrieron con dolor los Rough Riders de Theodore Roosevelt. Según las interpretaciones recientes del Desastre, las tropas españolas no pudieron con las norteamericanas porque quedaron inmovilizadas por los insurgentes cubanos y filipinos. España perdió la guerra también porque, en contraste con los norteamericanos, tenía que operar en varios frentes enormemente distantes. Para poder defender todas sus colonias, España había construido, según el modelo de la flota francesa, una armada ligera con artillería de sólo medio alcance que no necesitaba el abastecimiento repetido de carbón. Por otra parte, los astilleros españoles no reunían las condiciones necesarias para modernizar toda la armada y cuando estalló la guerra varios nuevos buques estaban en vías de construcción en astilleros extranjeros como, por ejemplo, en Francia. De modo que, en un período de grandes cambios tecnológicos navales, muchos de los barcos de que España podía disponer eran ya anticuados. Estados Unidos, en cambio, había escogido el modelo británico de barcos pesados y debidamente acorazados, con un alcance de artillería mucho más largo que el español, porque podía dirigir su fuerza en puntos concretos.

Otra revisión del Desastre trata de sus consecuencias económicas. Es verdad que el coste de la guerra fue altísimo para el Estado, como se había previsto, y que algunos sectores productivos españoles sufrieron duramente la pérdida de los mercados protegidos, como la industria textil en Cataluña y la harinera en Castilla. Pero, a pesar de las visiones apocalípticas que se multiplicaron durante las guerras coloniales, hubo un discreto boom económico a raíz del Desastre. Las estadísticas macroeconómicas de los primeros años del nuevo siglo indican mayor índice de inversión de capital, menor inflación, reducción de la deuda pública, incremento de exportaciones, y una recuperación o reemplazo de muchos de los mercados perdidos.

En realidad, la derrota y la pérdida de los mercados protegidos no tenían consecuencias completamente negativas. Se repatrió mucho capital colonial, hasta mil millones de pesetas, la tercera parte del coste directo de la guerra. El valor de la peseta cayó repentinamente en los mercados internacionales, favoreciendo ciertas exportaciones españolas tradicionales, tales como el vino, el aceite, el cuero, el cobre, el mercurio, el plomo, la lana, etc. En contraste con los sectores que dependían de los mercados coloniales, otros continuaron vendiendo sus productos en los mercados ex-coloniales, a pesar de que costasen más que los norteamericanos. El hecho es que muchos productos españoles, como, por ejemplo, los zapatos, correspondían más al gusto de los cubanos y puertorriqueños que las exportaciones norteamericanas. Además, el Estado español, sobre todo bajo la presidencia de Francisco Silvela, llevó a cabo un fuerte saneamiento de la economía.

Sin embargo, como consecuencia de la pérdida de los mercados protegidos, se reforzaron las reivindicaciones proteccionistas de los lobbies ex-coloniales, cuya influencia sobre el Estado era fuerte. Como se ha venido argumentando recientemente, se abrió así un nuevo período de nacionalismo económico y se perdió la oportunidad que supuso la pérdida del imperio de abrir el mercado español y hacer que sus productos fuesen más competitivos. Esto sí que fue una suerte de desastre para la economía española.

Otra interpretación tradicional del impacto del 98 que necesita revisarse trata de la Generación del 98. Su papel predominante en el discurso posterior sobre el Desastre y en los textos académicos sobre el fin de siglo (e incluso en alguna u otra ponencia de las conferencias sobre el 98 que se han celebrado este año) se debe al acceso de los intelectuales a los medios y a la distorsión que puede resultar de la dependencia de los historiadores de los documentos. Como se sabe, el término “Generación del 98” fue inventado por Azorín algunos años después del Desastre y dos de sus componentes más importantes, Baroja y Maeztu, negaron no sólo su pertenencia al grupo, sino también la validez del término. El hecho es que la supuesta Generación del 98 fue en realidad el portavoz español de una crisis intelectual y estética en toda Europa, consecuencia de la transformación de los conocimientos bajo el impulso de la modernización. Las nuevas percepciones de la naturaleza humana de Freud y Bergson y del mundo natural de Planck y Einstein entre otros, minaron las certezas del positivismo de la primera mitad del siglo XIX, dando lugar a una revolución en el pensamiento y en las artes. Para los intelectuales españoles la crisis del 98 fue más bien el catalizador de las incertidumbres de esta otra crisis más generalizada.

No fueron sólo los intelectuales quienes adoptaron una posición crítica hacia el Estado como resultado del Desastre sino también otros sectores de la clase media. Ante la deslegitimización del Estado, se movilizaron fuerzas no integradas en el sistema político que pretendían transformarlo. En torno a las medidas fiscales que adoptó el gobierno para hacer frente al déficit presupuestario, se organizó el movimiento regeneracionista que tuvo gran respaldo entre las clases medias. Sin embargo, no logró influir en el régimen, debido en parte a sus divisiones internas.

Pero lo que no se ha subrayado suficientemente es que el movimiento fracasó también porque sus líderes rechazaron cualquier vínculo con las clases populares, a pesar del respaldo alborotador de algunas de sus capas. De hecho, el carácter violento de la

protesta popular chocó contra las sensibilidades de los reformistas de clase media. Un periódico portavoz de los regeneracionistas describió a los revoltosos como “el peor enemigo”. Con intenso pesimismo, Joaquín Costa, el más flamante de los dos líderes del movimiento, describió al pueblo, en 1902, como “esa grey humana... imperfecta, sin músculo y sin alma, deformada en su exterior, depauperada como el suelo, sin glóbulo rojo, con sólo resplandores crepusculares en el cerebro y sin más voluntad que la que quiere dejarle una organización parasitaria de caciques y oligarcas”. Los que se movilizaron, como los obreros organizados, parecían interesarse más en sus salarios y sus condiciones de trabajo que en los problemas del país. Como consecuencia, según algunos intelectuales destacados, el pueblo o, como se decía, la plebe, necesitaba cultura y educación antes de poder participar en la política. Uno de los regeneracionistas, Rafael Altamira, Rector de la Universidad de Oviedo, declaró, “El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura”.

El movimiento regeneracionista se disolvió poco después de tres años. El discurso de regeneración, de todas formas, fue expropiado por los políticos más reformistas del estado, tales como Silvela, Maura y Canalejas, en beneficio del régimen. Según Baroja, terminó en los barrios bajos de Madrid donde el letrero de una zapatería decía, “Aquí se regenera el calzado”. El fracaso del movimiento regeneracionista intensificó el pesimismo finisecular de los intelectuales. Las ideas de Joaquín Costa, como se sabe, se derivaron hacia el concepto de la “revolución desde arriba”, realizada por “un cirujano de hierro”. Desde luego, la reivindicación posterior que hicieron algunos intelectuales orgánicos de Primo de Rivera y de Franco de que los dictadores fuesen los herederos de Costa debe descartarse de entrada porque el pensamiento de Costa tiene su origen más en Jean-Jacques Rousseau y no en el fascismo o en el conservadurismo militar.

El mito más tenaz en torno al 98 es precisamente la cuestión de la presunta “plebe”. Si hasta aquí, la revisión de las viejas interpretaciones del 98 ha restado drama al Desastre, no puede interpretarse en este sentido la experiencia popular de la guerra. Hay que recordar que los jóvenes de las clases altas y medias podían evitar el servicio militar pagando a un sustituto o pagando una redención en metálico. Como consecuencia, la gran mayoría de los que pelearon eran analfabetos y pobres, por lo que su experiencia no ha sido transmitida a la historia. De hecho, durante las celebraciones del centenario ha estado casi totalmente ignorada, mientras que la Generación del 98 continúa recibiendo una atención desproporcionada.

Como he insistido en varias ocasiones, si hubo desastre en 1898 fue sobre todo el desastre personal de muchos de los soldados y marineros y de sus familias; el desastre de todos los que fueron a pelear, de los que no regresaron, de los muchos que regresaron minusválidos o enfermos de paludismo, disentería, tuberculosis y fiebre amarilla. Las condiciones en que regresaron fueron tan malas que en algunos casos las autoridades desembarcaron las tropas de noche para evitar protestas. Muchos perecieron durante el viaje, faltos de atención médica, y los que llegaron, venían harapientos y flacos. La compensación monetaria que se ofreció a los veteranos y a sus familias por tanto sacrificio fue despreciable. Al regresar, cada uno recibió 20 pesetas, como adelanto por los pagos atrasados que el Estado les debía, y una pensión de unas 7,50 pesetas al mes. Para entender el valor de esta pensión hay que recordar que el salario diario de un trabajador no especiali-

zado era de alrededor de 2,50 pesetas. En aquel entonces, costaba unas 3,60 pesetas diarias alimentar a una familia de cuatro miembros con una dieta básica.

Por consiguiente, no creo que la experiencia de la guerra y del retorno se olvidase, como se deja entender en las interpretaciones tradicionales del 98. En realidad, debió de contribuir a la transformación de la cultura popular. O sea, que la experiencia de la guerra de los soldados y sus familias - la injusticia del sistema de quintas, las condiciones malísimas de las guerras, la desmovilización mal recompensada - nutrió el clima de resentimiento social que se expresó primero en los motines contra los impuestos de los consumos que se introdujeron para sanear las cuentas del estado y, más tarde, en 1909, en la protesta popular contra la movilización de quintas para una nueva guerra en Marruecos, protesta que no se limitó a la Semana Trágica de Barcelona. Los motines contra los impuestos o la escasez de pan fueron comunes en todo el siglo XIX pero a raíz del Desastre tuvieron una expresión mucho más política contra el Estado. A título anecdótico, un periódico de Zaragoza de 1899 describió como en un motín en la ciudad en que murió por tiros de la guardia civil un joven zapatero que había servido cinco años en Cuba, su padre, molinero local, levantó el cadáver de su hijo y gritó, suscitando la ira de la muchedumbre, “Vino de Cuba. Era sargento. No ha cobrado sus alcances. Trató de protestar contra el Gobierno”.

Creo que la experiencia de las guerras ayudó a transformar el sistema de valores entre muchas capas populares, aunque, desde luego, no fue la única causa de esta transformación. Estas guerras habían dado lugar a una intensa movilización de la población para la defensa del imperio. Más de trescientos mil soldados fueron enviados al Caribe y a Filipinas en los 4 años de guerra y la gran mayoría de ellos eran de familias pobres. Como resultado de la campaña de movilización, penetraron valores nacionales en zonas de España en las que hasta entonces habían predominado identidades locales y religiosas. O sea, que esta campaña fue el primer intento global de unir a una España apenas modernizada en torno a un proyecto nacional. Las fuerzas que tomaron parte en esta campaña incluyeron al Estado, el ejército, la Iglesia y la prensa.

El fracaso de este proyecto significó la erosión de los valores reinantes y de la legitimidad del régimen. Ayudó a socavar las representaciones tardías del nacionalismo español, favoreciendo en cambio la difusión de nuevas identidades y de ideologías distintas - desde el socialismo y el republicanismo populista hasta los nacionalismos catalán y vasco. También impidió el desarrollo de una base popular en torno a un nuevo colonialismo en África en contraste con la fuerza que iba cobrando el imperialismo social en otros países europeos.

El debilitamiento del nacionalismo tradicional y la eclosión de nuevos nacionalismos regionales ayudaron a impedir la construcción de una nación-estado moderno en torno a los valores de la Restauración. En Cataluña, por ejemplo, se produjo la convergencia entre el movimiento catalanista, bastante minoritario hasta entonces, y la burguesía catalana que, aunque pudo superar la pérdida del mercado colonial protegido, perdió confianza en el estado restauracionista como protector y promotor de sus intereses. El resultado fue la creación de la Lliga Regionalista, cuyo objetivo fundamental era la transformación del estado según el modelo catalán de modernidad. Con la creación subsiguiente de

un frente electoral, la Solidaritat Catalana, el régimen perdió el control de gran parte de Cataluña. Es verdad que la burguesía catalana volvió luego a subordinarse al Estado porque necesitaba su protección tanto de los huelguistas como de la concurrencia internacional. Pero había ya roto el cordón umbilical que les había unido al régimen.

Evidentemente, estos movimientos a los cuales me he referido, regeneracionismo, nacionalismo regional, protesta popular encabezada por republicanos, socialistas y anarquistas, estaban profundamente divididos entre sí. Esto ayudó a que el régimen sobreviviese a los retos de la posguerra. Sobrevivió también porque el sistema se basaba en una sociedad que se estaba modernizando de forma relativamente lenta. Pero el consenso en que el Estado se asentaba empezaba a desmoronarse. A partir de 1898, la capacidad del Estado de ejercer hegemonía se debilitó. O sea, que hubo cambio y continuismo al mismo tiempo.

Hasta aquí, he intentado proponer una serie de interpretaciones del 98, algunas de las cuales contradicen o se diferencian de las interpretaciones tradicionales. Pero he dejado hasta el final de esta ponencia la revisión más importante que se ha estado haciendo durante este centenario de lo que podría haber significado el Desastre. En el último cuarto del siglo diecinueve se produjeron en Europa importantes transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas, todas relacionadas entre sí. Entre otros procesos, se registraron una aceleración de la industrialización, un incremento notable de la tasa de migración, la modernización de las profesiones, la reforma de la educación, nueva legislación social progresista, avances científicos y tecnológicos, y la caída de la tasa de mortalidad. Estos cambios fueron acelerándose desde la primera década del nuevo siglo, acompañados por una mayor democratización de la vida política y un relanzamiento de la idea de la nación, o sea, la nacionalización de la identidad.

España no fue ajena a este proceso de modernización pero, más que en otros países de Europa, fue aquí un proceso desigual. Como resultado, se agudizaron las tensiones entre las clases sociales, entre centro y periferia, entre las culturas civil y militar, entre el sistema político y la realidad social. No dudo que fue esto la fuente más importante de la crisis ulterior del Estado restauracionista. Por lo tanto, el Desastre no fue el origen de esta crisis, como se pretendió en muchas de las viejas interpretaciones. En realidad, el 98, como mito y como realidad, fue el catalizador de una crisis estructural e ideológica ya en marcha, producto de la progresiva transformación de la sociedad española. En otras palabras, fue la coincidencia de los efectos del Desastre y de la modernización lo que creó las bases de la crisis del Estado español. Evidentemente, tal planteamiento, como cualquier construcción de un análisis del pasado, conlleva el riesgo de un cierto determinismo. De hecho, es posible que la crisis del estado pudiera haberse resuelto. Los políticos tuvieron varias oportunidades para encontrar una solución a las divisiones entre los españoles, fisuras que empezaron a intensificarse sólo durante las siguientes dos décadas y media y sobre todo durante la Primera Guerra Mundial. También el azar jugó un papel en la historia de esta época. Sin detenernos en el ejemplo más llamativo del azar, la explosión del Maine, se podría citar el caso del asesinato en 1912 de José Canalejas, el Presidente que, tal vez más que otros presidentes españoles, se dedicó a la reforma del Estado restauracionista. Se conjetura que su asesino estaba esperando el paso del carruaje del Rey. Viendo al presi-

dente sin escolta detenerse delante del escaparate de una librería en la Puerta del Sol, parece que aprovechó la ocasión para, en cambio, matar a Canalejas y suicidarse.

Lo único que podemos constatar entonces es que el Desastre y la crisis de modernización redujeron severamente el margen de posibilidades para la reforma del Estado. En definitiva, el significado, o incluso los significados, del 98 son más complejos que lo que se deduce de las diferentes interpretaciones en el pasado. Las conmemoraciones en torno al centenario han ofrecido la oportunidad, y han sido aprovechadas en gran medida, para enterrar finalmente los mitos en torno al 98. Y este esfuerzo de interpretación forma parte del esfuerzo continuo en nuestros días de recuperar la historia de España, que tanto ha sido distorsionada durante tantos años.